

LIBRO TERCERO.

Peticion de suspension de armas por los aliados.—Conferencias de Lusigny.—Toma de Soissons por los aliados.—Blucher reúne todos sus cuerpos de ejército.—Marcha sobre Troyes hácia donde estaba Schwartzberg.—Encuentro de Napoleon y de Blucher.—Combate de Mery-sur-Seine.—Blucher abandona el valle del Sena, y se lanza sobre París por el valle del Marne.—Mortier y Marmont se replegan sobre París.—Mortier recobra á Soissons.—Napoleon cede á Schwartzberg, y corre sobre Blucher.—Le alcanza en la Ferté-sous-Jonarre.—Blucher pasa el Marne perseguido por Napoleon.—Blucher, cercado por el emperador, Mortier y Marmont, se escapa por Soissons, abandona el Aisne y se retira hácia Laon.—Napoleon atraviesa el Aisne por Bery-an-Bac y encuentra en Craonne á los cuerpos rusos y prusianos que iban á proteger á Blucher.—Batalla de Craonne.—Batalla de Laon.—Alto de Napoleon en Reims.—Schwartzberg marcha sobre París y avanza hasta Provins.—Táctica del emperador.—Regresa á Troyes para maniobrar por la espalda de los enemigos.—Terror pánico de los aliados.—Schwartzberg retrocede hasta Troyes y Dijon.—Batalla de Arcis-sur-Aube.—Nuevo plan de campaña del emperador.—Decreto de levantamiento en masa.—Cansancio de la Francia.—Marcha de Napoleon hácia Saint-Dizier.—Tratado de Chaumont.—Concentracion de los ejércitos aliados en Chalons.—Sus vacilaciones.—Marchan sobre París.—Situacion de París y de la Francia.—Fuga de María Luisa

I.

El enemigo se apartaba por todas partes á marchas forzadas de Troyes, que habia llegado á ser el cuartel general de Napoleon. No se sabe hasta dónde le arrastraría el terror pánico que se habia apoderado de él, al acercarse el emperador y oír su nombre. Napoleon, des-

pues de algun descanso, queria, sin perseguirle á todo trance, batirle sus últimas columnas estraviadas, é intimidarle lo bastante, para que su terror le diese tiempo para volver por tercera vez sobre el ejército de Blucher.

Habiendo hecho alto en Naugis el 17 por la noche en casa de un carretero, recibió como parlamentario al príncipe de Lichtenstein, enviado por el generalísimo príncipe de Schwartzberg, para pedir una suspension de armas, con intencion, decía el príncipe de Lichtenstein, de dar tiempo á ciertas negociaciones de paz. Napoleon, afectando mas confianza en el resultado de sus victorias, de la que quizá abrigaba en el fondo de su pensamiento, se quejó de la proteccion que se daba á los partidarios de los Borbones en contra suya: «¿Se pretende hacer una guerra al trono, dijo, en vez de hacerla al conquistador? ¡El conde de Artois está en Vesoul en medio de vuestras tropas, y se le consiente!... ¡El duque de Angulema está en el cuartel general de lord Wellington, y desde allí se le deja dirigir proclamas al Mediodía del imperio, y á mis mismos soldados!... ¿Debo creer á mi suegro el emperador Francisco tan ciego ó tan desnaturalizado, que pueda conspirar al destronamiento de su propia hija, y á desheredar á su nieto?» El príncipe tranquilizó al emperador, disipó sus dudas, juró que la permanencia de algunos príncipes de la casa de Borbon en los ejércitos de la Europa, no era mas que una tolerancia, ó cuando mas una posibilidad útil de diversion entre enemigos que se combaten: pero los aliados, añadió, no quieren mas que la paz, de ningun modo el imperio. Napoleon se negó á esplicar hasta meditar por la noche. Nuevos correos podian traerle á cada hora, nuevos derechos para ser exigente. Luego se durmió.

II.

Nadie llegó durante la noche, mas que un segundo

ayudante de campo de Schwartzberg, que llevaba una proposición mas espesa de abrir conferencias para un armisticio precursor de paz. Napoleon fijó el sitio en la aldea de Lusigny, entre Vendocuvre y Troyes, y envió allí á Mr. de Fláhaut, uno de sus mas brillantes oficiales. Mr. de Fláhaut encontró tres generales de los aliados encargados de entenderse con él, acerca de los preliminares de un armisticio. Eran aquellos el general Ducca por el Austria, el general Schouwalof por la Rusia, y el general Rauch por la Prusia. Mientras aquellos generales discutian las bases de una supresion de hostilidades y las zonas de la Francia sobre que deberia estenderse, Napoleon, confiando mas en un triunfo que en una negociacion, reformaba sus columnas de ataque para completar la derrota del grande ejército austriaco. Habia comenzado sus primeras marchas.

Un rumor de desastre le llamó la atencion y le puso en movimiento por su espalda: aquel rumor venia del ejército de Blucher.

Los generales York y Saken, separados de los cuerpos de ejército del general en gefe prusiano por las batallas de Montmirail y de Vauchamp, se habian precipitado en número de cuarenta ó cincuenta mil hombres, en las llanuras que se abrian á su frente, perseguidos por Mortier, destacado al efecto con algunos miles de hombres: pero la victoria aumentaba su número. Eran suficientes para dispersar un trozo de ejército vencido y estraviado en un terreno enemigo. Aquellos restos procuraban pasar el Aisne por Soissons, para refugiarse hácia el Norte, y unirse al ejército de Bélgica. Llegaron al pié de las murallas de Soissons, al mismo tiempo que Woronzof, comandante del ejército de invasion del Norte, llegaba tambien por distinto camino. El general Rusca, que trató de defender á Soissons, quedó muerto en la brecha. Los dos ejércitos de Saken y de Woronzof se reunieron en la ciudad conquistada. Fortalecidos con

aquella union, cobraron ánimo y se replegaron sobre Chalons, para reunirse con el ejército rechazado de su general en gefe Blucher. Reforzado éste por aquella casualidad, volvió á emprender con sesenta mil hombres, el camino dos veces interrumpido de Troyes, para volar en socorro de Schwartzberg. Encontró á Napoleon en Mery-sur-Seine, y un choque terrible señaló la confluencia de aquellos dos ejércitos que no esperaban encontrarse. La ciudad de Mery-sur-Seine, se hundió con las balas de cañon, y se incendió con el fuego de los obuses de los dos cuerpos de ejército. Quedó como una ruina del desierto con sus paredes ennegrecidas, y sus casas humeantes á orillas de su rio. Rechazado Blucher tercera vez por aquel choque inesperado, cedió, renunció á su incorporacion con los austriacos, volvió á emprender su marcha por el valle del Marne, y se lanzó sobre París para llamar á Napoleon hácia aquel lado para la defensa de su capital.

Mortier y Marmont, con dos débiles cuerpos de siete mil hombres cada uno, estraviados entre París y el Marne, se replegaban lentamente á París. No tenían mas objeto que ganar tiempo y dar lugar á las grandes maniobras del emperador.

III.

Al oír aquel ruido, Napoleon, temblando por su capital y su gobierno, abandonó á los austriacos á sí mismos, atravesó con sus columnas descansadas todo el espacio comprendido entre Troyes y Sezaune, y se preparó á atacar nuevamente á Blucher por la espalda en las cercanías de Meaux, mientras Mortier y Marmont lo hacian de frente. Ya habia salido de Sezaune y llegaba á la Ferte-Sons-Jonarre, posicion en que Blucher estaba detenido por Marmont y Mortier. El aniquilado ejército prusiano

iba á ser el trofeo de aquella expedicion. Libre de él Napoleon estaba seguro de triunfar fácilmente de los austriacos. Su ejército participaba de su esperanza: el entusiasmo aceleraba sus pasos. Dentro de algunas horas, el Marne iba á sepultar los restos de Blucher y de los rusos. Mas aquel general, presintiendo el pensamiento de Napoleon, y queriendo arrastrarle en pos de sí para alejarle de Schwartzenberg, forzó el paso del Marne y quemó los puentes antes que Napoleon pudiera darle alcance. El emperador, desde lo alto de las cumbres que descenden hácia el río, vió al ejército prusiano desfilar en seguridad por la orilla opuesta, dirigiendo sus largas columnas por el lado del Norte.

IV.

Una duda terrible le ocurrió á Napoleon. ¿Dejaría á Blucher rodear á París á la cabeza de un ejército intacto y difundir el terror en su capital? ¿ó perdería pasos y días en seguirle, dejando á Schwartzenberg tiempo para volver en masa y sin obstáculo alguno sobre Fontainebleau? París le pareció que era el corazón del imperio que habia de cubrir. Decidióse á pasar el Marne en seguimiento de Blucher, pero perdió dos días en restablecer los puentes, y en trasladar su ejército á la otra orilla.

Allí, buscando en la carta un punto intermedio entre Soissons y Reims, señaló con el dedo á Firmes, á donde llegó el 4 de marzo al rayar el día. Aquel movimiento colocaba á Blucher entre Napoleon por un lado, Marmont y Mortier por otro, y Soissons y el Aisne al frente. Soissons habia sido reconquistado por Mortier, que guardaba los puentes del Aisne. Blucher ya era prisionero: Napoleon creia que ya no tenia mas que dictarle la capitulacion.

V.

Pero la guerra tiene azares que desconciertan los planes mejor combinados. La insuficiencia ó la vacilacion de la débil guarnicion de Soissons, habia hecho que abriese las puertas de aquella ciudad á los prusianos del Norte, en el momento mismo en que la resistencia de algunas horas, ponía en manos del emperador y de sus tenientes un ejército entero prisionero. Blucher volvió á encontrar en Soissons al ejército de Witzingerode y de Bulan que le recibieron y aumentaron sus fuerzas hasta cien mil combatientes. Mas de tal modo temia un cuarto choque con el emperador, que se alejó nuevamente del Aisne, y se internó á largas marchas hacia Laon.

Otra duda para Napoleon: ¿debe perseguir ó retroceder? El impulso le arrastra, y prosigue: atravesó el Aisne por Bery-au-Bac. El 7 de marzo encontró en Craonne á los cuerpos rusos y prusianos, que marchaban desde Soissons para proteger á Blucher despues de haberle salvado. Napoleon los atacó á la bayoneta en las alturas de Craonne erizadas de baterías. Los rusos murieron sobre sus cañones, despues de barrer filas enteras de soldados franceses. Mas cedieron á los repetidos ataques de Napoleon, y huyeron en desorden hacia Laon. Blucher estaba allí ya, cansado, herido, y asombrado de tan continuada persecucion. El emperador, que no le dejaba respirar, iba á alcanzarle. El ejército prusiano se encontraba en uno de esos momentos de desaliento que producen las retiradas despues de las derrotas. La nombradia de Napoleon pesaba sobre Blucher y sus soldados. Todo presagiaba la destruccion de aquellos tres ejércitos, cuyos trozos nunca se unian sino bajo los fuegos del cañon de su vencedor.

VI.

Pero un cuarto ejército llegaba en socorro de Blucher en el momento en que Napoleón se presentaba en frente de él. Era el de Bernadotte, rey de Suecia, Murat del Norte, á quien la familia de los reyes en que había entrado, hacia olvidar su patria. No le mandaba en persona: sus consejos y sus contingentes combatían por él: su espada respetaba la sangre de sus compatriotas.

Napoleón, testigo de la unión del cuerpo de Bernadotte, con los dos ejércitos de Blucher y con el de Witzingerode, no titubeó, sin embargo, en acometer á aquellos cien mil hombres, con menos de treinta mil combatientes, cansados con las continuas marchas, pero de infatigable corazón. Envió al mariscal Ney y al general Gourmand, hombres de mucho prestigio y valor, á ocupar un desfiladero rodeado de pantanos, que protegían al ejército de Blucher: las tropas que le defendían fueron arrolladas: solo la noche suspendió la batalla.

Volvióse á empeñar al rayar el alba. A los primeros cañonazos una noticia desgraciada abrumba el corazón de Napoleón sin abatirle. Marmont, sorprendido la víspera por fuerzas desproporcionadas á su debilidad, había perdido tres mil hombres y cuarenta piezas de artillería. El emperador, consternado, oculta su pérdida y ataca resueltamente á los cien mil hombres escalonados bajo los muros de Laon. En vano sus batallones, obedientes á su voz, escalan aquellas graderías de fuego; vuelven á bajarlas hechos pedazos. El ejército francés se destruye contra aquellas masas que la disposición de los lugares hacen inaccesibles, y que las baterías cubren con sus proyectiles. Aquel es el escollo de Napoleón: retrocede ante lo imposible. Vuelve á reunir su mutilado ejército, y se retira por la parte de Reims sin ser perseguido, errante

en su propio imperio, y buscando en él, casi en vano, una ciudad que franquee el paso á su ejército. El general ruso, Saint-Priest, francés, de una ilustre familia y que permanecía al servicio de Rusia desde la emigración, ocupaba á Reims. Perekó allí disputando la entrada de la ciudad á los franceses. Cuatro mil rusos sucumbieron con él, dejando cañones y banderas en poder de Napoleón, último y estéril trofeo de un resto de lucha.

El emperador entró en Reims y permaneció allí tres días, reorganizando sus debilitados cuerpos. Hacia cualquier punto que volviese sus miradas, no veía mas camino libre que el que pudiese abrirse por en medio de cinco ejércitos. Apenas recibía pliegos, y estaba reducido á conjeturas. Andaba á tientas por sus provincias, chocando á cada paso con un nuevo enemigo. Consecuencia deplorabile y fatal de la falta de resolución y de concentración al principio de la campaña. Hasta su mismo heroísmo se convertía contra él. Ningun genio ni ningun recurso suplen al sentido general de una situación. La guerra ofensiva en una lucha esencialmente defensiva, le gastaba, le estraviaba, y le destronaba.

VII.

Durante los ocho días gastados inútilmente en la persecución de los cuerpos rusos y prusianos de Blucher, los austriacos, reanimados por la ausencia de Napoleón, habían refluído en irresistible masa hacia Troyes, y desde allí hacia París. Oudinot y Macdonald, no tenían como Marmont y Mortier, mas que unos ejércitos de puestos avanzados, que oponer á doscientos mil hombres. El 16 de marzo, la vanguardia austriaca estaba en Provins. Un día de marcha la ponía al pie de las alturas de Montmartre. Un correo llevó aquellas noticias al emperador.

Ya no era tiempo de cubrir la capital. Confió en la defensa de sus barreras por una ciudad de un millon de almas, y volvió á emprender el camino de Troyes, para llamar la atención por la espalda á Schwartzberg, por medio de la sensacion que debia producirle un ejército francés mandado por el emperador, interpuesto entre él y su base de operaciones.

Aquella inquietud obró en el ánimo de Schwartzberg con mas fuerza y rapidez de la que Napoleon habia calculado. Al recibir las primeras noticias de la vuelta del emperador á Champaña, el ejército austriaco, como aterrado con un solo nombre, retrocedió por todos los caminos, desde Paris hasta Troyes y Dijon. El emperador de Austria, temiendo verse cercado aun en medio de sus tropas, se retiró á Dijon. Alejandro y el rey de Prusia, pasaron de Troyes. Aquellos soberanos abultaban el peligro, con el recuerdo de tantas antiguas derrotas, y temiendo un lazo en el corazon de la Francia que tan fácilmente habia cedido á su paso, se ponian de acuerdo para enviar á sus plenipotenciarios del Congreso de Chatillon, instrucciones henchidas de paz. Si el emperador hubiera sabido á tiempo aquellos temores, podia haber firmado un convenio europeo, en el mismo momento en que su imperio se desplomaba: pero lo ignoró. Asustado por su parte de las masas que cargaban sobre él, se internó hacia Arcis-sur-Aube. Allí encontró, sin que tuviese la menor noticia de ello, al ejército de Schwartzberg. Trabóse una encarnizada batalla, contra la voluntad de ambos generales entre las tropas austriacas y francesas. Napoleon se batió como un húsar, sin otro plan que la necesidad de combatir, y el deseo de morir ó de vencer. Allí renovó los milagros de sangre fria y de arroyo, de los puentes de Lodi y de Rivoli. Los soldados jóvenes se avergonzaron de abandonar á un gefe que se esponia de aquel modo. Muchas veces se le vió lanzar su caballo al galope sobre los cañones enemigos, y volver á

aparecer como inaccesible á la muerte despues del humo de las descargas. Habiendo caido una bomba encendida al frente de uno de sus batallones bisoños, que se intimidaba y no guardaba la firmeza que debiera, esperando la explosion, Napoleon, para reanimarle, dirigió su caballo hacia el proyectil, le hizo oler la mecha, aguardó impasible á que reventase, rodó por el suelo con su mutilado caballo, y levantándose sin herida alguna entre los aplausos de sus soldados, pidió con tranquilidad otro caballo, y continuó arrostrando la metralla. Por fin llegó su guardia y restableció el combate.

VIII.

La noche y las masas siempre crecientes de Schwartzberg, obligaron al emperador á encerrarse en la ciudad, y á construir parapetos para defender á su ejército. Durante aquella noche contuvo ciento cincuenta mil hombres. Aprovechóse de las tinieblas para hacer construir muchos puentes de retirada sobre el Aube. En la imposibilidad de romper aquellas masas austriacas que le cerraban el paso de Paris, la desesperacion le inspiró aunque tardíamente la idea que le hubiera hecho invencible, si la hubiese adoptado á tiempo. Resolvió abandonar á Paris y al centro de la Francia á su suerte, arrojarse sobre la Lorena, sobre el Mosa y sobre el Rhin, incorporar á sus fuerzas, facilitándolas el paso, las guarniciones de Metz, Verdun y de Maguncia, y por último, sublevar los departamentos del otro lado del Rhin, que le aseguraban eran muy adictos á su cetro. Esperaba volver á entrar con cien mil hombres en el territorio francés, arrojarse como un leon en medio de las columnas de invasion, arrollarlas, dispersarlas, batirlas en detalle, hacerlas prisioneras cuando estuviesen diseminadas entre el Rhin y el Loira,

sublevar sus grandes ciudades, sus campiñas, y dar al mundo el espectáculo de un millon tragados por la tierra que imprudentemente habían pisado. Era un sueño heroico, pero no pasaba de un sueño. Para semejante campaña se necesitaba un gefe adorado, el fanatismo de una causa unánime, una nacion nueva y no gastada por la tiranía ni rendida por el cansancio. No se forman vendeanos con soldados, sino con ciudadanos, niños, ancianos, mugeres, decididos todos á morir, y para quienes las mismas derrotas son martirios. Las cartas de Gerónimo sobre el espíritu de paz, la languidez de la opinion, la desercion de los depósitos, la inmovilidad de la Francia entera al presenciar su invasion, la resignacion, la pereza, y hasta las murmuraciones de sus mariscales y de sus mas fieles tenientes, decian bastante á Napoleon, que la patria no se despertaría mas que á la voz de la libertad. El general espiaba las faltas del déspota. Su guardia le seguia y moria por él, pero le seguia por espíritu de cuerpo, y por el recuerdo de su gloria comun, mas que por esperanza: Eran los mártires del honor militar: seguian hasta la muerte, no á la causa, sino al gefe y á la bandera.

IX.

El resto del pueblo miraba y gemia: en vano habia Napoleon decretado levantamientos en masa, el armamento de las guardias cívicas, la insurreccion de los pueblos, el toque de rebato, el cortar los caminos, y el hacer fuego al enemigo. Por todas partes en donde no resonaba su cañon, la Francia estaba muda. Todo se reducía á dos ó tres partidas formadas en la Borgoña, por tres nobles, intrépidos aventureros, el conde Gustavo de Damas, en las montañas que separan el Loira del Saona. Mr. de Moncroc en Mazon y en Chalons, y el conde de

Forbiu-Jauson en el Antunes. Cada uno de aquellos cuerpos se componia de algunos centenares de hombres, que acosaban al enemigo por sus flancos, y desaparecian despues de cortas espediciones. En las inmediaciones de los pueblos, cuando los austriacos se retiraban, algunos paisanos solian hacer fuego á los rezagados desde las orillas de los bosques. A esto se limitaba toda la insurreccion nacional decretada por Napoleon. Su nombre era un obstáculo para ella. La mayoría del pueblo estaba tan cansada de su esclavitud, que casi temia tanto su vuelta al poder, como aborrecia la invasion. Pero la nacion, sorda á la voz del gefe, se conmovia y enternecia por los soldados. Cada fusilazo del enemigo resonaba en su corazon, porque era uno de sus hijos el que caia. Napoleon creia sacar al pueblo de su inercia por medio de un golpe brillante á la espalda del enemigo. Marchó hacia el Mosa, y llegó el 23 de marzo á Saint-Dizier. Allí, un rayo de paz le recordó todavía la politica.

X.

Caulaincourt se veia comprometido en el congreso de Chatillon por las instrucciones contradictorias del emperador y las exigencias de los aliados, mas ó menos duras, segun las vicisitudes de la guerra. Iba á dar á su amo un supremo consejo de resignacion: no veia ya salvacion para él mas que en una pronta amputacion del antiguo imperio, para conservar al menos el trono y la Francia. Las conferencias militares de Lusigny no habian sido mas que una conversacion de algunas horas entre Mr. de Flahant y los generales aliados. Los plenipotenciarios que se encontraban en Chatillon, despues de haber cedido algunas semanas como sus ejércitos, recibieron la noticia de que las potencias que representaban

acababan de formar entre sí en Chaumont una coalición mas irrevocable contra el emperador, obligándose solidariamente á no deponer las armas hasta que el conquistador del Continente volviese á circunscribirse á los límites que la Francia habia traspasado en 1792. En aquel tratado la Inglaterra se comprometia á pagar quinientos mil hombres de los soberanos del Norte. Caulaincourt le participó aquel *ultimatum* de las potencias. Los generales y ministros que rodeaban al emperador sostuvieron con Caulaincourt varias polémicas desagradables, de esas que revelan la desesperación de las causas perdidas. El triunfo cubre las faltas á los ojos de los cortesanos, los continuos reveses las descubren. La responsabilidad de la caída comun principia con sordas murmuraciones, y luego con reprensiones que alcanzan hasta aquel á quien lo deben todo. Acusándole de no ser ya bastante feliz para sostener su propia fortuna. La ingratitud toma entonces el acento de la compasión. Cuando comienzan á tener lástima al hombre que se hunde, no está muy distante el momento de abandonarle.

XI.

Tal era el espíritu que reinaba en los vivaques de Napoleón cuando Caulaincourt llegó á ellos. El mismo, á pesar de su fidelidad, habia llegado á ser un confidente incómodo para el emperador. Conocia sus fluctuaciones y le acusaba por lo bajo, no de sus reveses, sino de su obstinación en la esperanza. Hacia ya mucho tiempo que Caulaincourt no esperaba. Aunque las potencias jamás habian pronunciado el nombre de los Borbones, sonaba ya en las conversaciones de los negociadores. Aquel nombre era el pensamiento reservado de la Europa, si Napoleón se obstinaba en conservarlo ó en perder-

lo todo. Su negociador le aconsejaba que transigiese con la necesidad. Pero Napoleón, estasiado con el nuevo plan que acababa de concebir, y viendo ya cumplido aquel cambio victorioso que corria á buscar al otro lado del Rhin, á la cabeza de sus libertadas guarniciones, se sonrió como con compasión y dijo á Caulaincourt con el acento profético á que se habia acostumbrado en la fatalidad: «Tranquilizaos, estoy mas cerca de Munich que los aliados lo están de París.»

XII.

En el momento mismo en que Napoleón, incrédulo en la adversidad, pronunciaba aquellas palabras, los ejércitos enemigos de Schwartzemberg y de Blücher, que se habian retirado de las inmediaciones de París, como ya hemos visto por la marcha del emperador sobre Troyes, se concentraban en masas innumerables en las llanuras de Chalons para resistir al choque que temian por la espalda. Napoleón los creia en las cercanías de su capital. La presencia tan próxima de aquellas masas en Chalons, hizo titubear á Napoleón acerca de la ejecución de su nuevo plan. Temía que aquel peso concentrado cayese sobre su retaguardia. Meditó y titubeó seis dias entre el instinto que le impelia hácia su capital y la temeridad que le arrastraba hácia el Rhin y el Mosa.

Durante aquellos dias de incertidumbre, los aliados tambien vacilaban en Chalons. Los generales mas consumados y tímidos opinaban que todo debia temerse de un hombre como Napoleón, que era necesario replegarse juntos y en número invencible sobre su base de operaciones, y preservar á la Alemania de una visita del emperador, que les privaría de refuerzos en un país insurreccionado. El parecer de los generales franceses tráfugas en el

campamento de los rusos, y la resolucion del emperador Alejandro, jóven, ardiente, emprendedor, y que tenia que vengar á Moscou, era precipitarse sobre París, dividir la opinion, apoderarse del corazon del imperio, halagar á la libertad, hacer esperar á los amigos de los Borbones y dejar al emperador, incomunicado con su pueblo, disiparse en su aislamiento y agitacion. Las intenciones de la Inglaterra, las insinuaciones de los partidarios de una restauracion en Francia, los resentimientos de las córtés, los odios personales de algunos diplomáticos que seguian al cuartel general, la causa comun entre los príncipes de las antiguas razas contra la de la espada, y en fin, las maniobras todavía encubiertas, pero hábiles y activas de algunos realistas de lo interior, que asediaban el vivac de los emperadores, les decidieron por este último partido. El 25, los ejércitos reunidos rompieron su movimiento hácia París por los caminos que siguen el curso del Marne.

XIII.

Napoleon, impulsado, segun dicen, por sus tenientes, en vez de proseguir su camino hácia Nancy, siguió de nuevo á los aliados para cortarles el camino de París. Perdió de este modo ocho dias, es decir, el tiempo para él de cinco victorias, y para llevar á cabo la mitad de su plan, é iba á perder otros siete ú ocho en retroceder. En esta campaña no habia, pues, resolucion mas que contra sus determinaciones anteriores. Su carácter no guardaba aquí armonía con su genio. Sus tenientes mas adictos lo vislumbraban y comenzaban á abusar de su familiaridad en cambiar de resolucion. Les convenia mas aproximarse á París para capitular y salvar á sus familias, sus dignidades y sus fortunas, que acometer con su gefe las aventuras de una campaña errante al otro lado

del Mosa y del Rhin: deseaban el fin de aquella lucha sin esperanza. Estaban cansados, no de combatir, sino de declinar. El espíritu del pais concluye siempre por penetrar en el ejército.

XIV.

La concentracion de los ejércitos aliados en las llanuras de Chalons, los habia alejado bastante de París, para que Napoleon, mas distante que ellos cuatro jornadas, pudiese, doblando el paso, llegar casi al mismo tiempo que las cabezas de sus columnas á las barreras de su capital. Aun suponiendo retrasos y obstáculos, era necesario que los parisienses defendiesen por lo menos dos dias las puertas de la capital. El emperador enviaba los correos uno detrás de otro á su hermano José, conjurándole que reanimase el espíritu de París, que armase al pueblo y á la juventud de las escuelas, y que exigiese el supremo esfuerzo de dos dias á una poblacion de tantos millares de almas. «A este precio, decia, todo se salvará. Voy á maniobrar de modo, añadia, que es posible que no tengais noticias mias en algunos dias. Si el enemigo se lanzase sobre París con tales fuerzas que fuese imposible toda resistencia, haced marchar en direccion del Loira á la regente, mi hijo, los grandes dignatarios, los ministros, los grandes oficiales de la corona, y el tesoro. No descuideis á mi hijo, y acordaos que preferiria saber que habia caido en el Sena, que en manos de los enemigos de la Francia. La suerte de Astianacte, prisionero de los griegos, me ha parecido siempre la mas desgraciada de la historia.»

De este modo, su adversidad se elevaba ya en su pensamiento á la altura de los grandes infortunios épicos de Homero y de Virgilio. La poesía, como la religion en las almas vencidas, entraba en su vida por la adversidad.

Lo que había previsto se verificaba en París, mucho más pronto de lo que creía posible. Marmont y Mortier, estenuados por las retiradas y los continuos ataques de vanguardia, andaban errantes por los alrededores de París. En donde quiera que sus diezmos batallones dejaban un vacío, los cosacos, atrevidos merodeadores del desierto, se precipitaban sobre las aldeas, y con el terror, el saqueo, y las puntas de sus lanzas hacían huir á los consternados habitantes á París. Ya no se sabía nada del emperador: por la ciudad circulaban rumores siniestros. Las plazas, los baluartes, los Campos Elíseos, y los patios de las casas, estaban llenos de fugitivos de los pueblos, de carruages cargados de muebles, ó de vinos sustraídos á las devastaciones de la guerra, y de animales introducidos por los labradores en el recinto de la capital. El Mediodía parecía dispuesto á separarse del Imperio, y á proclamar un gobierno desconocido. Lyon, defendido un momento por Augereau á la cabeza de diez y siete mil hombres, y de algunos refuerzos de caballería que habían vuelto de España, sucumbía al reflujo del ejército de Bianchi. El curso del Saona estaba ocupado y espedito alternativamente por aquel mariscal, pero la capitulación de Lyon, le llevaba sin utilidad alguna para París, hácia las montañas del Jura. Solo las provincias del Loira estaban libres: pero detrás de ellas, el Oeste de la Francia, podía de un día á otro, responder á los movimientos realistas fomentados en Burdeos por una insurrección que hubiera colocado á París entre dos guerras. José y sus hermanos Luis y Gerónimo conocieron la responsabilidad que pesaba sobre ellos. Tenían que responder de la emperatriz y de su hijo á su hermano y á la dinastía de Napoleon. Aun suponiendo que el mis-

mo Napoleon se viese obligado á capitular, á abdicar, ó á morir, la regencia y la trasmision del trono Napoleónico al rey de Roma, era el último asilo de su fortuna. Arrojadados de Madrid, de la Holanda y de Westfalia, aquellos reyes de un día, quedarían por lo menos príncipes de la sangre imperial en París. Convocaron un consejo supremo, al cual llamaron á Cambaceres, los ministros, los presidentes del Consejo de Estado, los grandes dignatarios del Imperio, los más identificados con el nuevo régimen, y á los miembros más comprometidos del Senado. José leyó la carta del emperador en que le mandaba salvar á su esposa y á su hijo. La emperatriz asistía silenciosa y temblando á aquel consejo, en que sus cuñados iban á decidir de su suerte. Los pareceres estuvieron divididos.

Boulay (de la Meurthe) acostumbrado á los dramas revolucionarios, conocía por esperiencia la movilidad del pueblo y el poder del entusiasmo. Sabía que la noticia de la fuga de aquella princesa, descubriendo lo desesperado de su causa, haría que se hundiese el Imperio. Aquel consejo heroico recordaba la resolución de Maria Teresa. Pero resoluciones de esa especie no convienen más que á dinastías arraigadas desde muchos siglos en el corazón de las poblaciones. Cuando no producen un fanatismo de abnegacion religiosa en los príncipes, sumben en las parodias. El consejo tampoco se componía de hombres dispuestos á salvar una raza ó á morir por ella. Despues de una deliberacion lenta, templada, enteramente oficial, y que parecía destinada únicamente á descargar unos sobre otros la responsabilidad de una retirada, se separaron todos á media noche sin haber acordado nada. Nadie se atrevía á adoptar una resolución que podía llegar á ser un crimen, si el emperador lograba todavía vencer, y pedía á sus hermanos cuenta de la capital abandonada. Atuviéronse á la carta de Napoleon que prohibía la permanencia de su muger en París, en

caso de un peligro estremo. Prejuzgaron el riesgo, no le declararon.

XVI.

Cambaceres y José querian descargar en María Luisa la responsabilidad de la resolucion que podia salir de sus labios. Siguiéronla despues del consejo á su habitacion, y allí la asediaron con sus ambíguas instancias, para obtener de ella un deseo que los pusiera á cubierto. Sea que temiese la cólera de su marido, ó que se inclinase á permanecer en su capital, en donde se tributaba el mayor respeto á su sexo y á su rango, sea que temiese llegar á ser en manos de sus cuñados una víctima errante de la ambicion de Bonaparte, y un instrumento de guerra civil, arrojada de provincia en provincia en medio de los campamentos, María Luisa venció su timidez. Contestó con entereza á José y á Cambaceres, que aquella resolucion á ellos les correspondia, que jamás la tomara sobre sí, que ellos eran sus consejeros obligados, y que bien debiese permanecer ó partir, no obedeceria mas orden que la que estuviese firmada por ellos. Eludieron aquella responsabilidad. La orden eventual de marcha dada por Napoleon en su carta, permaneció pues como un testó absoluto á que la emperatriz estaba resuelta á obedecer. Preparóse la fuga: el tesoro fué cargado en los furgones, empaquetáronse los papeles secretos del emperador y los diamantes de la corona. La partida se fijó para el día 29 de marzo.

XVII.

Pero cada galope de un caballo por el patio del palacio podia anunciar un correo y traer una contraorden

del emperador. La emperatriz, rodeada de las damas, cortesanos, y oficiales designados para seguirla, aguardó desde el amanecer hasta medio dia, la señal de la partida, que debia dar José. Este príncipe, montó á caballo por la noche y fué á reconocer y animar los puestos avanzados colocados en las barreras y entradas principales de Paris. Pero la masa de la poblacion ignoraba hasta esta última demostracion de resistencia: acusaba á José de una molicie régia contraida en los tronos de Nápoles y de Madrid, en el seno de los placeres de las córtés del Mediodía.

José ni volvía ni mandaba á decir nada á la emperatriz. Los oficiales de la guardia nacional que daban el servicio de palacio la suplicaron que se quedase. Esperaban que la presencia en Paris de la hija del emperador de Austria, seria una salvaguardia contra las estremidades de una ciudad que iba á ser bien pronto sitiada. María Luisa derramando lágrimas, cedía unas veces, y otras resistía. Se veía que violentándola á no obedecer al emperador dejando á Paris, la hubieran aliviado de una grande incertidumbre, librándola de las sugerencias de los hermanos de Napoleon. Por otro lado, los hombres previsores y el partido de Mr. de Talleyrand, embarazados con la presencia de aquella princesa en las negociaciones que ya anudaban para entregar su trono á otros príncipes, apresuraban secretamente su partida. Clarke, ministro de la guerra, envió á decirla al medio dia, que no respondia ya de la seguridad de los caminos, interceptados por las bandas de cosacos, si se detenía hasta el dia siguiente. Doce coches de la casa aguardaban desde por la mañana en el patio. Una fuerte escolta de caballeria de la guardia los rodeaba. María Luisa se arrancó por fin de su palacio: uno de sus escuderos llevaba en brazos al rey de Roma: aquel hermoso niño, soberbio ya por la adulacion que se anticipa á la edad, se agarraba á las barandillas de la escalera y se obstinaba en no que-

rerse dejar desterrar de aquel trono. «No quiero marchar, gritaba; ¿cuando el emperador está ausente, no soy yo el amo?» Hubiérase dicho que presentia que entre las pompas de las Tullerías y las fúnebres bóvedas de Schænbrum, no habia para él mas que algunos cortos años de adolescencia y de melancolía. Los carruages desfilaron lentamente por los malecones, como un cortejo mortuario. Apenas algunos curiosos se detenian acá y allá para ver pasar aquel convoy dinástico. Ninguna voz del pueblo se elevó para saludar á la muger y al hijo de Napoleon, que huian al azar, arrastrando en pos de sí, las últimas pompas de la soberanía.

Tal era la popularidad de aquel reinado, que la historia pintaba algunos años despues como el fanatismo del pueblo.

XVIII.

Mientras la emperatriz seguia lentamente el camino del palacio imperial de Rambouillet, la llamada del tambor hacia acudir á los ciudadanos á la defensa de los puestos. La guardia nacional tomaba las armas, menos para combatir que para velar por la defensa de sus hogares. Pero la juventud de las escuelas, y algunos de esos hombres que el patriotismo y el peligro producen cuando los momentos son mas desesperados, volaban á las barreras y á las alturas de Montmartre. Los arrabales al verlos pasar, pedian á gritos armas. Todo faltaba: el imperio habia consumido todo en los campos de batalla estrangeros. La noticia de la marcha de la emperatriz y de la traslacion del gobierno, consternó y abatió los ánimos. Aguardábase en silencio el último golpe que derriba los imperios.

José volvió á entrar en Paris despues de haber visto desde lejos la especie de inundacion de tropas que cubrian

las llanuras y los caminos de la capital: evitó las calles mas concurridas, y convocando secretamente á los ministros y al consejo de regencia, se preparó á seguir con aquellos últimos restos del reinado de Napoleon los pasos de la emperatriz.